

# El jardín de Fernando González Gortázar

Adriana Malvido

Texto leído con motivo de la entrega de la Medalla Bellas Artes, en el Museo de Arte Moderno, MAM, a Fernando González Gortázar, arquitecto, doctor *honoris causa* por la Universidad de Guadalajara, en reconocimiento a su trayectoria en la arquitectura y el arte manifestado en sus obras.

Un día recorrí con Fernando González Gortázar su casa. La habitan junto con él pinturas, miles de discos, fotografías, libreros, libros que crecen como hiedras vivas hasta alcanzar todos los muros –y se extienden por el suelo, el barandal de la escalera, su cama. Y las plantas; hay un patio lleno de ellas, además de diminutos jardines hogareños, invernaderos miniatura. El arquitecto tiene un “temazcal” con una tina llena de plantas, con temperatura y humedad controladas. Son plantas vivas que crecen y se reproducen, plantas depositarias del amor cotidiano del artista. Cuando descubre que una de ellas está produciendo un hijuelo, en vez de saltar de alegría se muere de preocupación porque, dice, todas necesitan un espacio vital que él siente que no les puede dar.

Arquitecto, escultor, ecologista, viajero, escritor, melómano, científico, luchador social y poeta, este creador mexicano de espíritu renacentista, a quien Monsiváis nombró “el último de los románticos”, cree que uno de sus sueños o proyectos inalcanzables es hacer un jardín, un jardín que llene sus días, todos sus sentidos y su tiempo; un jardín que le permita el contacto permanente con sus dos pasiones fundamentales, la naturaleza y el arte; un jardín que sea una obra de arte y un paraíso terrenal.

Él cree, piensa, que aquello ha sido un proyecto inalcanzable, pero hoy que estamos aquí para premiarlo es hora de revelar la verdad. Porque a nuestros ojos, Fernando González Gortázar ha sido siempre un jardinero que va por la vida sembrando arquitectura, escultura, ideas, palabras, denuncias, memoria, identidad, libros, música, poesía, sueños, inquietudes, afectos y pasiones que han tomado la forma de un gran jardín vivo.

En ese jardín sus obras son eco de la naturaleza, memoria del fuego, voz del agua, huellas del viento y espíritu de la tierra. Pero también, expresión poética de la geometría. La *Fuente de la Hermana Agua* y *La gran puerta* en Guadalajara; *La Gran Espiga*, *El Cubo del Herrumbe*, la *Espiga Hendida* y el *Homenaje al Corazón* en la Ciudad de México; *El Ciprés* y *La Palmera*, en Madrid; la *Fuente de las Escaleras* en Fuenlabrada o *La columna dislocada* en Japón son algunos ejemplos en su escultura. Y como vimos recientemente en “Resumen del fuego” –su gran exposición en el Museo de Arte Moderno– detrás de cada obra, ya sea una pieza o conjunto escultórico, un espacio museográfico, un proyecto arquitectónico o un parque, hay una puerta secreta a la idea de que “la naturaleza sigue siendo la gran maestra de la vida, la cultura y el arte”.

Su maestro Ignacio Díaz Morales le enseñó que toda obra arquitectónica tiene una madre, que es la tierra, y un padre, que es el arquitecto creador, y que ambos deben fecundarse mutuamente. Las enseñanzas de Díaz Morales abonaron el jardín de González Gortázar tanto como las de Luis Barragán, Mathías Goeritz, Frank Lloyd Wright y muchos otros, como Gaudí, a quien considera el más grande arquitecto del siglo xx. En su libro *Arquitectura, pensamiento y creación* narra una bella historia: “Cuando Barragán estaba haciendo la urbanización de los Clubes, había un pirul, un arbolito nada notable, junto a la entrada. Luis lo miró y dijo: ‘Debo hacerle un muro a la sombra de ese árbol’. Y efectivamente hizo un muro-pantalla que recogía, por las tardes, la sombra cambiante del árbol”.



Muchos años antes, cuando Fernando era un niño, descubrió la naturaleza en el cine, con dos películas: *King Kong* y *Las Minas del Rey Salomón* porque, cuenta, le dieron una idea clara de la naturaleza como maravilla y de la vida como aventura. Ahí, en el cine, también nació su pasión por África, que para él es sorpresa eterna y regreso a los orígenes. Por eso ha visitado ya 19 países de aquel continente y dice que le faltan 31. Ha visto ahí el prodigio y también el horror, el peligro y la belleza. Y es que, explica, “sólo aquello que me inquieta me interesa”.

Por eso, en la mirada de los espectadores, su obra vibra, respira y crece, inquieta como las plantas y todos los seres vivos.

“Emblema de San Pedro” (San Pedro Garza García, Nuevo León, 2012) abarca, de punta a punta, cuatro kilómetros en los que se combinan arquitectura, escultura monumental, rescate ecológico y paisaje, todo lo que ha aprendido y reflexionado, lo que ha deseado para él y para los demás. En ese lugar, hace más de 20 años, realizó su reconocido *Paseo de los duendes* y, una década después, continuó en el mismo sitio con el puente *La ola blanca* y la escultura *El viento blanco*. Finalmente hace dos años la obra recibió el impulso final de rescatar para la gente lo que los coches se habían apropiado. El proyecto abarca siete puentes peatonales y espacio para ciclistas, corredores, paseantes, niños; el rescate de un arroyo que regresó a la vida con aguas cristalinas, y arboledas exuberantes en medio de la aridez.

Proyectos vivos, como éste y el Centro Universitario de los Altos de Jalisco, que lleva 17 años ampliándose sin detenerse, le han permitido al arquitecto ver su propia evolución. Cada etapa o edificio nuevos reflejan, dice, “lo que voy siendo a lo largo del tiempo”, porque toda obra es autorretrato y si no, es plagio, advierte. En vez de que ese “ir siendo” se convierta en vejez, rejuvenece cada día.

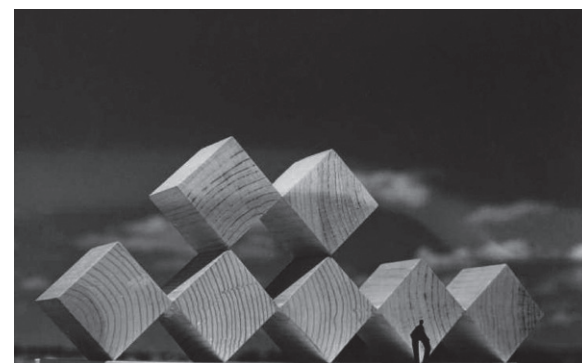
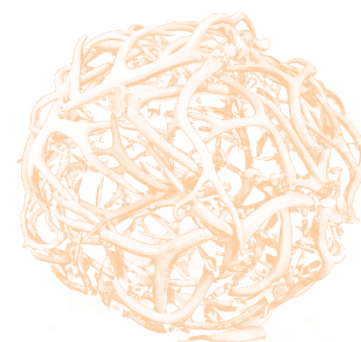
Alguna vez Fernando me dijo que es un arquitecto marginal, pero además, que esa condición es la mejor de todas. Ni sabe mentir, ni le interesa la competencia gremial y el glamour, mucho

menos el poder con el que arquitectos y escultores urbanos deben lidiar toda la vida. La independencia y la libertad exigen duras batallas, y él ha sido una voz tan crítica como lúcida de las políticas y los intereses que día a día evitan que entre el ciudadano y la ciudad exista un vínculo basado en el placer, en el amor y en un sentido de pertenencia mutua, que para él es fundamental. En asociaciones como Pro Hábitat o diversas comisiones como la de Arte en Espacios Públicos del DF, durante la gestión de Cuauhtémoc Cárdenas, o en la Comisión Nacional para la Preservación del Patrimonio Cultural, así como en sus libros y los artículos periodísticos que durante 15 años escribió para el *Uno más uno*, primero, y *La Jornada*, después, ha sido siempre una voz que se pronuncia a favor de los valores colectivos y contra la destrucción del patrimonio cultural y natural. Para él, preservar es una manera de crear.

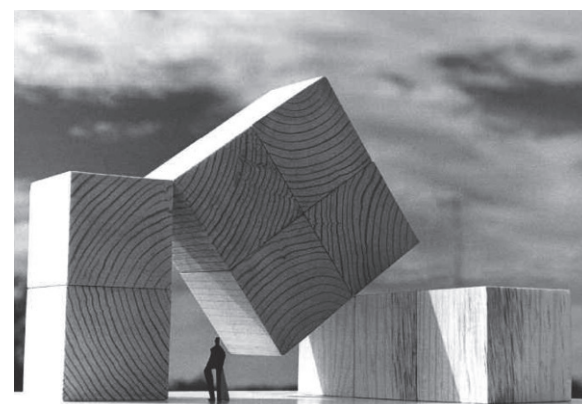
Como le aconseja Rilke al joven poeta de sus cartas, González Gortázar prefiere lo difícil. Suele aconsejar a los estudiantes en sus cátedras: “Optar por Dionisio y no por Apolo, por la pasión y no por la razón (ni por la sinrazón, que quede claro!), optar por lo complejo sobre lo simple como forma de pensamiento, y de enfocar la arquitectura, la cultura en general y toda la vida”.

Sólo alguien así se atreve a convertir el cruce por un puente peatonal en todo un paseo espiritual; o a diseñar una fuente en un cementerio, proyectar un “nocturno” dentro de un zoológico –para ver a los animales en la oscuridad–; inventar un *Laberinto de la Libertad* para perder el tiempo, o mostrar, como lo hizo en 1970 en Bellas Artes, sus “Fracasos Monumentales”, una exposición sobre aquellos proyectos que nunca se realizaron. Sospecho que siempre supo que toda esa obra no construida quedaría sembrada en la memoria y germinaría de alguna manera, tres décadas después, en “Años de sueños”, su retrospectiva en el Museo Tamayo. Porque como él dice: “Todo lo que vale la pena comienza con un sueño”.

Tiene razón el curador Daniel Garza Usabiaga, cuando afirma que González Gortázar será visto en el futuro como un loco o como un



Barda (no construida), Guadalajara, Jalisco.  
Fernando González Gortázar, 1969



La Puerta del Viento (no construida), Guadalajara, Jalisco.  
Fernando González Gortázar, 1969



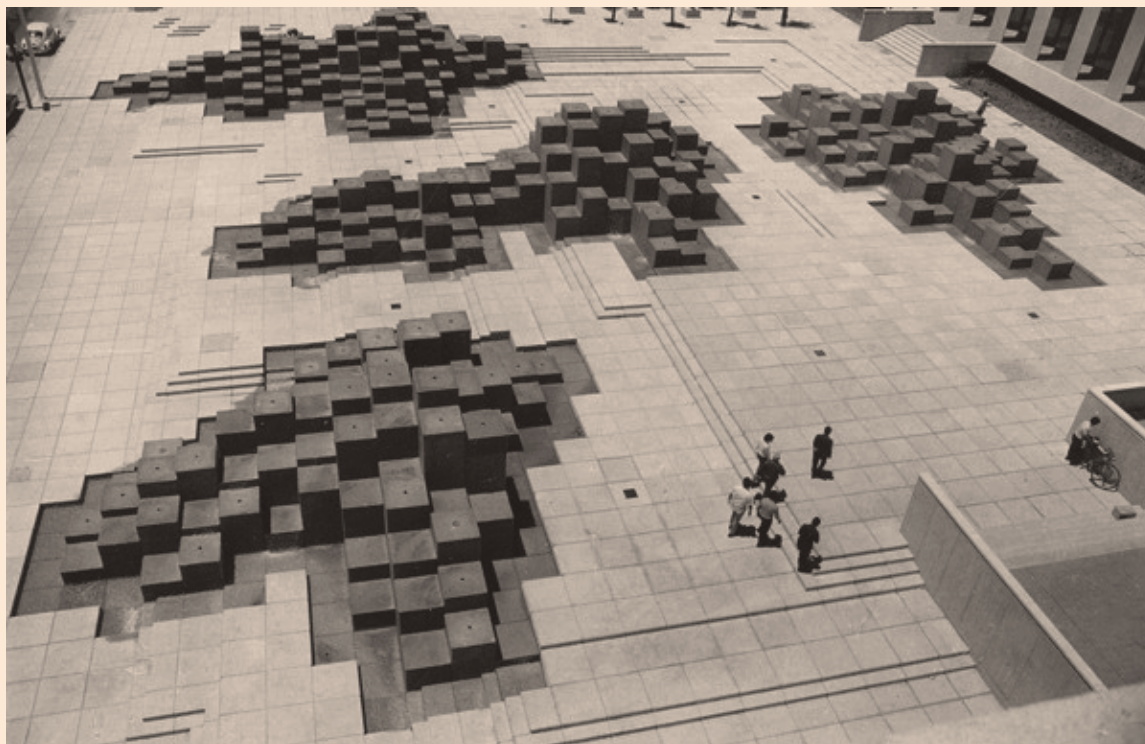
Parque González Gallo, Fernando González Gortázar, 1972

visionario cuya intención era rescatar la empobrecida sensibilidad de las sociedades de fines del siglo xx y principios del xxi. Pues él propone, ante el paradigma del progreso, que “el único parámetro para ver si avanzamos o retrocedemos, si progresamos o no, es la felicidad”, que define como “la más espléndida de las utopías”; como buen jardinero, no se refiere a la felicidad de unos cuantos, sino a la felicidad de todos, incluidos animales, plantas, paisajes, piedras. Desde esta perspectiva “tenemos que concebir el trabajo, el arte, la arquitectura, la ciudad y el urbanismo como una promesa de felicidad”. La arquitectura como segunda piel y burbuja dentro de la cual transcurre nuestra vida, nos atañe a todos.

Algo bueno debe ocurrir en el alma cuando se entra a un edificio o se recorre una ciudad, escribe Fernando. Sus propuestas abren la puerta a una realidad posible donde la imaginación, el sueño, el ocio y la inspiración se revaloran; la belleza es un artículo de primera necesidad; la relación del ciudadano con la ciudad se erotiza; el peatón, y no el automóvil, es una prioridad; las áreas verdes y las fuentes, las aceras y las plazas le ganan la batalla a la especulación y el paisaje, a la publicidad. La “inutilidad” resulta una grandeza porque pregona valores por encima de la función inmediatista que atañen al espíritu y a la sensibilidad. Vemos árboles y nubes, no cables sobre nuestras cabezas; los desfiles no son militares sino coreográficos. Rescatamos la dicha de la vida nocturna. La búsqueda de una mejor ciudad es inseparable de una sociedad más justa donde no existe la indiferencia ante el sufrimiento y la humillación de los demás; se emprende una reforestación inteligente y una convivencia armónica con la fauna. Nadie se rinde en la batalla, a toda costa, contra la incultura.

“Hoy, para entender hacia dónde vamos, no hace falta fijarse en la política sino en el arte”, decía Ryszard Kapuscinski. Lo mismo, con otras palabras, escribió Marshall McLuhan: “Los artistas son las antenas de la especie”. Me convengo de ello cada vez que he tenido el privilegio de entrevistar a González Gortázar –quién, además, se lleva muy bien con las palabras y con el arte de la conversación.

“Me interesa el mundo”, dice este voraz lector de periódicos y explorador del planeta. Son la curiosidad –definida por Amoz Oz como una “virtud moral”– y la fascinación por el descubrimiento, lo primero que Fernando lleva en su equipaje para viajar, pero también para hacer de la conversación toda una exploración al interior de otra persona. Dice que la vida no



Plaza-Fuente, Guadalajara, Jalisco, Fernando González Gortázar, 1973

le alcanza para todo aquello que le fascina; le he oído pláticas tan eruditas como encendidas sobre zoología, botánica y paleontología y aventuras donde ha visto de cerca la muerte, ya sea perseguido por búfalos, ante un grupo de leones en Namibia o casi ahogado bajo las aguas de las cataratas Victoria. Lo he escuchado narrar con pasión el momento –en el Cámbrico, la etapa pionera del Paleozoico– en que se dio la primera explosión de formas de vida y la naturaleza inventó los colores. O el momento en que se convirtió en padre y luego en abuelo. Habla con orgullo de los grandes artistas y escritores de Jalisco donde creció, y de su admiración por Orozco, Tamayo, Rulfo, Barragán, Posada y Álvarez Bravo, pero también de Freud, Buñuel, de los surrealistas y del cuadro que más lo conmueve: el *Retablo de Isenheim de Mathias Grünewald* del siglo xvi. Su mirada es universal, pero insiste en la importancia de lo local, de las raíces y de la identidad como la gran posibilidad de aportar singularidades a la humanidad. Quizá por eso le gustan tanto José Pablo Moncayo y Blas Galindo como José Alfredo Jiménez, el Trío Calaveras o Agustín Lara, a quienes suele interpretar y hacer que otros lo acompañen gozosamente –como aquella noche memorable en que puso a cantar a Miguel Ángel

Granados Chapa y a Cristina Pacheco durante la presentación de su serie “Cancioncitas”, antología de la música popular mexicana, en Radio UNAM.

Por eso podemos decir que Fernando González Gortázar va por la vida sembrando un jardín y esquivando espinas en el camino para que otros podamos pronunciar, sin temor, la palabra felicidad. Y hoy, cuando México atraviesa por un momento doloroso ante una barbarie que nos abruma, tenemos este instante feliz del día –del que hablaba Borges– porque con la medalla de Bellas Artes se premia a un creador en cuya obra podemos vislumbrar lo que podemos ser y reconocernos en lo que mejor somos, en lo que nos hace únicos: el sueño, el pensamiento simbólico, la imaginación, la noción de belleza, la creación artística y la pasión por la vida.

“La amistad es una hazaña, en el sentido fatal y silencioso de la palabra, donde no resuenan ni sables ni espadas”, escribe Sándor Marai. De hazañas amistosas también está lleno el jardín del arquitecto González Gortázar. Ignoro si esta tarde, al ver tanta fertilidad, brinque de alegría o se preocupe por el espacio. Lo que sí sé, es que tantos afectos cultivados también resuenan en su medalla.

9 de noviembre de 2014